

## **A la caza de la riqueza.**

*"Necesito muy poco, y ese poco lo necesito muy poco"*

El de Asís.

Hagamos del universo una gran catedral una universidad y una gran fábrica. Para levantar catedrales y universidades, tienen las fábricas que producir riquezas.

Dejemos de jugar a la pobreza de los dineros. No es bueno el populismo, juego mezquino. Hay juegos serios y juegos tibios. Por encima de todas las indignancias, está la radical del alma. Ese sí es negocio grave. Lo demás pura fantochería. Lo que requiere lucha, rasgar de lanzas y no contra los vientos, defensa fiera, es la familia, es la persona. Hacia ahí van los dardos, no es al cuerpo; no es en las sopas donde se cuecen los infiernos.

Si bien dice el Quijano que el peso de las armas no se lleva sin el gobierno de las tripas, y hay que cuidarlas, no es en ese campo en que se libran hoy las guerras. Es el alma la radicalmente responsable de que el ser del hombre se constituya en lo que es. Son los arrestos, no es el trigo; no los arroces los que logran el ser virtuoso al que apuntaba el griego. Ser lo que soy, aquello para lo que fui creado es lo que importa, no el contar cuántos mendrugos de pan haya en la mesa. Batalla errónea otra batalla, si no es ésta la que lidera. Es la prostitución, la tiranía, el homosexualismo activo, la corrupción, el latrocinio, lo que corroe al hombre en sus entrañas, y lo esclaviza. *Pobres siempre los tendréis; pero habrá menos donde no haya deshonestidad, y no se oprima con la mentira: donde sean loados el decoro, el honor; y se asesine atravesándole con furia las vísceras al estado despótico, socialista opresor; que es el hombre y no la sociedad la que necesita redención. Semillas en la mente, simientes en el alma, catedrales grandiosas, enormes y profusas las escuelas, y no graneros lo que necesita la nación: que se les yerga el alma y se eleve la frente, que piensen y no se les idiotice el seso. Frascos de aromas que se rompan en la frente de la patria, reconquista de espíritu, coronas y laureles, santos y héroes, preciosos nardos que se viertan en la frente del profeta, iy lo demás pamplinas*

Las cifras frías: Mueren de hambre 15, 000,000 niños cada año.

39, 496,587 se matan por aborto. Casi tres niños abortados por cada uno que muere de hambre. 2,973 personas asesinadas por terroristas el 11 de septiembre del 2001. Llevaría 36 años, un atentado como el del 11 de septiembre, cada día, un

criminal día tras los otros, 13,285 viles atentados, para igualar el número de niños asesinados por aborto en un año.

Criminales cada una de esas muertes. Unas por hambre, indiferencias, avaricias, ignominiosas indecencias de los hombres. Otras por el fanatismo terrorista que se ensaña en cercenar vidas inocentes; mientras más inocentes caigan, mayor la hazaña. A los otros los asesinan sus propias madres en sus vientres.

Claman al cielo tan ignominiosos exterminios. Hay que alzar la voz y luchar fieramente porque no ocurra ni una sola de esas muertes. Pero es infinito el clamor del que no vistió miserias porque no pudo ni nacer. Y es legal asesinarles. Es constitucional. No pudo abrazar a su mamá, no pudo lloriquearle sus antojos, no arrojar sus miedos en el regazo que más hubiera amado; no le dieron otro nombre que feto, y le despedazaron. Se le negó, lo que tuvieron los otros muertos: tener un nombre, una tumba en algún lugarcito de la tierra para sus huesos, y un recuerdo... Nadie le llora, nadie guarda una foto y sonrío recordando sus pillerías, su primera caída, su primer diente. No tuvo un primer día de clases, ni probó un helado, ni brincó de alegría por sus zapatos nuevos...

Los harapos se arrancan con las propias manos, no con limosnas; no con filantropías hinchadas de soberbias. No hay sitio digno en medio de la calle, no hay otro modo de adecentar la existencia, que la conquista personal; la batalla heroica del que violenta al parto a la indómita tierra, a fructificar la mina rajándole sus cuevas; sin pordiosear; fraguando con el trabajo redentor, con propias reciedumbres, el plato con que se quiebra el hambre, el vestido con que se cubre, el rifle que se esgrime para honrar a la patria, el hijo a quien se lega la honra de la faena honesta, el ansia de la lucha por arrebatarse al campo sus entrañas y someter la bestia.

Lo que hay que arreglar es el alma, causa eficiente de un cuerpo al que hay que domeñar, quebrarle, obligarle, restarle sus mojigaterías, sus malacrianzas de requerir derecho tras derecho. Lo que hay que exigir es que se empine y no se doble, que conquiste y no llore como una mujerzuela prostituyendo su destino eterno, rehuyendo la fragua donde redima, a fuerza de vergüenzas, lo único que tiene: la sangre que le sacude el pecho. Por encima de todas las indignicias, está la radical del alma. Dejemos de jugar a la pobreza de los dineros.

Jorge J. Arrastía.